

Poetisas uruguayas

*Adela Castell.—Eugenia Vaz Ferreira.—Delmira Agustini.—Juana Ibarbourou.—
Luisa Luisi.*



ARTO más populares que los poetas uruguayos, de mayor nombradía aún que el propio Zorrilla de San Martín, autor de «Tabaré», la leyenda nacional, son las poetisas orientales. Hay tantas, en efecto, y tan distinguidas. Y no sólo ahora, sino desde ayer.

Raúl Montero Bustamante, antologista oriental, ha estudiado con entusiasmo a la más antigua acaso de ellas, a una a quien nosotros escasamente conocemos. Adela Castell se llama. Nació en 1864. La importancia principal de esta mujer creo yo que reside más allá de sus versos mismos. Creo que radica esa importancia en su acción social, en su acción de educadora, semejante en ello a nuestra Gabriela Mistral, a Adela Zamudio, la cochabambina que firma SOLEDAD; a Ada Negri, la italiana humilde hecha princesa por alianza, como en un cuento de hadas o en un poema vivido.

Montero Bustamante, al analizar la obra de Adela Castell, dice: «Ha cultivado con especialidad la poesía, reflejando sus versos, unas veces, las vibraciones o inquietudes de un alma sensitiva; y otras, las ideas y conceptos de un cerebro equilibrado. Es que unas veces parece pensar con Mme. Angebert que «la poésie est la philosophie en fleur»; y otras, con el autor de Jocelyn, que «la poésie est le chant inférieur».

Cronológicamente, tras Adela Castell pudiera quizá venir Eugenia Vaz Ferreira, hermana de Carlos Vaz Ferreira, el filósofo, «dotada de ojos soberbios de portuguesa», al decir de un comentarista, y vehementísima de amor. Ha sido proclamada por la crítica la primera poetisa americana después de Sor Juana Inés de la Cruz, y es la antecesora espiritual inmediata de otra musa oriental admirable, de Delmira Agustini, especie de musa de Barrio Latino, «la del felino temperamento de Bacante».

Delmira Agustini continúa subyugando aún de muerta. Suicida u occisa,—no se sabe a ciencia cierta cuál fué su fin trágico,—desapareció de esta vida a los 24 años, cansada de haber paseado su belleza, su originalidad y su bohemía, por todos los sitios nocturnos de Montevideo. «Fiera de amor. — cantaba. —yo sufro hambre de corazones». Desgranó sus versos por los cafés de mala muerte e impresionó hasta el amor loco con su excentricidad y sus actitudes hieráticas. Dejó un libro: LOS CALICES VACIOS, al cual alcanzó Rubén a coronar con un PORTICO en que predice: «va a asombrar a nuestro mundo de lengua española».

Por ahí musita la Agustini:

«Sé mi bien o mi mal, yo viviré en tu vida
Yo enlazo a tus espinas mi hiedra de ilusión...
Seré en tí una paloma que en una ruina anida;
Soy blanca, y dulce, y leve; llévame por la Vida
Prendida como un lirio sobre tu corazón!»

No logró satisfacer su ansia, al parecer. Y acaso algún día ansió ella otra cosa. Al juzgarla, alguien ha escrito: «Era demasiado artista para conformarse con el amor de un solo hombre». Quizá. En todo caso,—tardía compensación—somos tantos hoy en querer su sombra y en admirarla! Visitar su sepultura fué uno de los motivos que a mí, por ejemplo, me llevó hasta Montevideo. Y cuánta pena da ver que ni una flor, ni una inscripción, ni un sauce, ni una cruz, ni su nombre, siquiera, indique que ahí está aquietada para siempre la bella rebelde. En uno de los grandes nichos corrientes incrustados en el muro, comunes a todo cementerio, se lee únicamente esto: «Familia de Santiago Agustini». Reposan ahí madre e hija. «¡Cómo es posible!» —reirimino al sepulturero.— «Fué suicida la pobrecita» —me contesta. «¡Qué suicida ni qué nada!» —exclamo indignado. «Para sentirse honrados con el talento que tuvo, para revestirse del prestigio intelectual de que ella les dotó, ¿recuerdan Uds. que Delmira Agustini fué suicida?».

Y mi alma lamenta no poder protegerla,—aislándola,—como en morada exclusiva para ella.

Más joven aún que la Agustini—29 años, hoy,—es Juana de Ibarbourou, moza palpitante de arrebatos panteístas y líricos. Enamorada a los 17 años, dedicó Juana Fernández sus primeros versos a un militar, al Coronel Ibarbourou con quien había de casarse luego, desgraciadamente; y digo desgraciadamente, prescindiendo en absoluto de la felicidad de ese matrimonio de cuyas dulzuras he sido testigo, y sí, considerando solamente cuántos bienes hubiera obtenido la literatura americana de los dolores o contrariedades de la Ibarbourou. Puede ser, en efecto, que no haya sido original y sí nada más que espontánea, para contarnos o para cantar el sabor de las horas felices; y no así, por cierto, a propósito de momentos de duda, de ansia, de espera, que le han dictado frases quemantes y sentidas cual el nombre arrasador de uno de sus volú-

menes poéticos: LAS LENGUAS DE DIAMANTE. Libro pagano, helénico. Una de las composiciones reza:

Cierva,
que come en tus manos la olorosa hierba.
Can,
que sigue tus pasos doquiera que van.
Estrella,
para ti doblada de sol y centella.
Fuente,
que a tus pies ondula como una serpiente.
Flor,
que para ti sólo da mieles y olor.
Todo eso yo soy para ti.
Mi alma en todas sus formas te di.
Cierva y can, astro y flor,
agua viva que glisa a tus pies,
mi alma es para ti,
Amor!

En seguida de LAS LENGUAS DE DIAMANTE, Juana de Ibarbourou ha publicado un tomo en prosa: «El Cántaro Fresco», nombre el más atinado; y, hace un año, otro volumen en verso: RAÍZ SALVAJE, ante el cual Eduardo Barrios, en crítica aparecida en «La Nación» de Buenos Aires, se ha interrogado, acaso con razón: «¿Se entristece Juana Ibarbourou?» Barrios la encuentra recogida en cierta tristeza que comienza ya a diferenciarla de su pasada alegría de cascabel.

Menos festiva que la Ibarbourou de «Las Lenguas de Diamante», de menor encanto lírico y arrebatador, es la joven Luisa Luisi. Parece estar tocada de cierta filosofía y, además de poetisa, es crítico nada vulgar. Yo oí a Luisa Luisi dar en Buenos Aires una conferencia sobre la obra de Enrique González Martínez, el mexicano conocido nuestro, ante el propio González Martínez. Espectáculo curioso: el vate azteca asistió a la consagración de su monumento espiritual. Dió Luisa Luisi qué pensar a sus oyentes, cuando más o menos dijo: «Mientras los poetas se espiritualizan—González Martínez, Rabindra Nath Tagore, Maeterlinck, Amado Nervo,—las poetisas experimentamos el más íntimo placer zbulléndonos en la sensualidad». A ellas, a las ebrias de sensualismo, no las nombró; pero no hay duda de que Luisa Luisi tenía muy presentes a las de casa, Agustini, Ibarbourou, y que al censurarlas, aunque fuere sólo al pasar y levemente, es porque no piensa imitarlas. Dará, seguramente, esta joven a su obra de mañana un tono menos fresco, acaso, que el usual entre las poetisas orientales; menos femenina, será talvez más recia y más lógica; será quizá *un poeta*, antes bien que una poetisa. Y en manera alguna será efímero nada de cuanto firme.

EUGENIO LABARCA.